



DEN SINDRIGE HERREMANDS
DON QUIXOTE
AF **MANCHA**
LEVNET OG BEDRIFTER.

FORFATTET
AF
MIGUEL de CERVANTES
SAAVEDRA.

Overfåt, efter det i Amsterdam og Leipzig 1755, ud-
givne Spanske Oplag,

AF
CHARLOTTA DOROTHEA BIEHL.

FÖRSTE TOME.

KIÖBENHAVN, 1776
TRYKT HOS M. HALLAGER, BOENDE PAA NÖRREGADE,
No. 245.

*Facsimile de la portada de la primera edición danesa
del «Quijote»*





Miguel de Cervantes Saavedra

Cinco novelas ejemplares

La Gitanilla / Rinconete y Cortadillo / La Ilustre Fregona / El casamiento engañoso / Coloquio de los perros

Texto corregido conforme a la edición príncipe por Don **JUAN SUÑÉ BENAGES**
Ilustradas por Don **ANTONIO SALÓ**

Edición limitada e impresa sobre hojas de corcho, formando dos tomos de 14 × 19 cm. encuadernados. Ambos van en un estuche magnífico.

Ilustraciones, cabeceras, orlas, etc., en dos colores. Además, en cada novela va una página entera con un dibujo imitación boj.

Precio de cada ejemplar: 250 pesetas

Para los suscriptores de esta revista sólo **Pesetas 175,—** (al contado)

VESTIDOS TÍPICOS DE ESPAÑA

Obra monumental con 110 láminas, pintadas a mano (tamaño 29 × 36 cm.), con el correspondiente texto impreso a dos colores.

Precio de la obra en una magnífica carpeta:

al contado. **Ptas. 225,—**

a plazos. » **250,—**

EDITORIAL "ORBIS"

(REINHOLD WETZIG)

Calle Paris, 160

BARCELONA

Crónica Cervantina

Revista literaria y bibliográfica • Organó de los Admiradores de Cervantes

Redacción: Rbla. Prat, 8, pral.

Teléfono 78.867

Administración: Balmes, 54

Directores:

D. JUAN SUÑÉ BENAGES
D. JUAN SEDÓ PERIS-MENCHETA

Suscripción trimestral:

España: 3 ptas. Extranjero: 3,75

Número suelto: 1 peseta

Nuestro grabado

Siguiendo el riguroso orden cronológico de las fechas en que vieron la luz pública las traducciones del *Quijote*, después de la primera publicada en lengua rusa en 1769, vienen las traducidas al idioma danés. A una admiradora de Cervantes y de nuestros clásicos, a la bella y discreta Carlota Dorotea Biehl, deben los dinamarqueses el poder saborear en su propia lengua las bellezas que encierra la inimitable novela cervantina, ya que tan distinguida escritora fué la primera que sirviéndose del texto de la edición española impresa en Amsterdam el año 1755, la tradujo del castellano al idioma danés. Publicóse esta traducción en Copenhague en 1776, y se reimprimió en 1865, revisada por F. L. Liebenberg, quien corrigió algunos errores que se deslizaron en la primera edición, cuyo facsímile de su portada es el grabado que va al frente de este número, la cual traducida a nuestro idioma, dice: «Vida y hechos del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha de Miguel de Cervantes Saavedra». Traducido, según la edición española de Amsterdam y Leipzig de 1755, por Carlota Dorotea Biehl. Copenhague, 1776.

Dos fueron las ediciones de esta traducción publicadas en la citada capital dinamarquesa durante el año de 1776: una dada a luz por M. Hallager y otra por Gyldendals, la cual, en todas las Bibliografías figura como *primera*, hecho que nos sugiere a preguntar: ¿Cuál de estas dos ediciones fué la primera que se publicó, la de Gyldendals o la de M. Hallager? Para nosotros la de éste, porque si bien ambas son iguales a plana y renglón, impre-

sas con los mismos tipos, número de páginas y erratas, y que en las dos aparecen estampados los nombres de DON QUIJOTE, SANCHO PANZA, DULCINEA y ROCINANTE con letras mayúsculas, la impresión de la de Gyldendals está hecha sobre papel muy inferior. El tomo primero va sin portadilla, la cual suple el retrato de Cervantes. En la portada se lee en vez de «Trykt Hos M. Hallager, Boende Paa Norregade N.º 245», «Trykt paa Gyldendals Forlag». La lámina que en la edición de M. Hallager se ve colocada delante de la página 10 donde comienza el capítulo II del *Quijote*, en la que todos los bibliófilos dan como primera, está como fronsispicio a la *Vida de Cervantes*, y la que lleva el número 24, se ve colocada en el mismo número de la página de la *Vida de Cervantes*, en lugar de haberse puesto, como en la edición de M. Hallager, al fin del capítulo III del texto de la sin par novela.

La que consideramos como primera edición danesa, va adornada, además del retrato de Cervantes, con 29 láminas de Coypel, grabadas de nuevo por Meno Haas: 9 en la primera parte y 20 en la segunda; y la Gyldendals con 28, pues le falta en el tomo III la señalada con el número 82.

Forman estas ediciones cuatro tomos en 8.º y en ambas los dos últimos impresos en 1777.

Tomo I de la que reproducimos la portada: Retrato de Cervantes, cuatro hojas sin numerar que contienen portadilla, portada, dedicatoria en francés de la traductora a Mr. Emanuel Delitala fechada en Copenhague a 22 de Julio de 1776. En la

AVISO Se advierte y ruega a los señores suscriptores de CRÓNICA CERVANTINA que están al descubierto en el pago de su suscripción, se sirvan renovarla por todo el mes de marzo de 1936, de lo contrario nos veremos obligados a suspender el envío de los números sucesivos.

Correspondencia y giros: Rambla de Prat, 8, pral., 2.ª Barcelona.

página siguiente va la portada de la *Vida de Cervantes*, traducida de la que escribió don Gregorio Mayans y Siscar para la edición de Londres de 1738, que alcanza 66 páginas numeradas. Siguen luego XXVI más marcadas con números romanos que contienen el prólogo de Cervantes que acaba en la página XII, a las cuales sigue la portada de los versos de Urganda y los sonetos que terminan en la XXVI. Después de esto, vienen 2 hojas sin numerar que son para la tabla de capítulos, a las cuales siguen con nueva numeración, 207 páginas comprendiendo una portadilla y el texto de los primeros XXI capítulos del *Quijote*.

T. II: 4 hojas sin numerar que contienen portadilla, portada y tabla de capítulos. En la página siguiente, señalada con el número 5, comienza el texto del capítulo XXII hasta el LII que acaba en la 415.

T. III: 8 hojas sin numerar conteniendo: Portadilla, portada, prólogo de Cervantes a la segunda parte de la genial fábula, tabla de los XXXIII primeros capítulos de la misma y la portadilla del texto, abarcando éste 302 páginas.

T. IV: Portadilla y portada, a cuyas piezas sigue la tabla de capítulos que está sin numerar, aunque forman parte de la numeración del texto de la segunda parte de la novela, que termina con el capítulo LXXIV en la página 364. Vienen luego 8 hojas sin numerar, conteniendo las primeras unas palabras sobre el *Quijote*, y las restantes, la lista de subscriptores.

Estas son las características bibliográficas más salientes de la que debe considerarse ser la primera edición del *Quijote*, traducida al idioma danés por Carlota Dorotea Biehl, impresa en Copenhague en 1776.



Los que mueren

El día 15 de febrero del año en curso falleció en esta capital el distinguido doctor en Medicina don Adolfo Figuerola Autrán. Era persona ilustradísima y muy versado en literatura. En su mocedad había sido alumno del sabio doctor don Clemente Cortejón, distinguiéndose en su clase de Retórica y Poética, en donde se contagió del virus cervantista de tan benemérito maestro.

Los socios de la entidad cultural «Admiradores

de Cervantes» estaban orgullosos de que su nombre figurase en sus listas desde su fundación.

Su modestia era tanta que en su testamento dispuso no se avisase la hora de su entierro.

Descanse en paz nuestro malogrado amigo y reciba su atribulada familia, por tan irreparable pérdida, el más condolido pésame de todos los que integran la Sociedad «Admiradores de Cervantes».



Don Quijote en la jaula

Complace al leer un libro llegar a las páginas que diríamos culminantes, es decir, las que encierran toda la médula, toda la enjundia de la producción, las que resumen o recapitulan toda su concepción, su meollo, y el fin para el cual fué creado.

Leyendo el *Quijote* se echa de ver que tal resumen está compendiado en sus Capítulos XLVII y XLVIII de la 1.^a parte del portentoso libro. En efecto, al terminar los Capítulos XXXIX al XLVI donde ha contado el cautivo su historia y donde aparecen las grandes hermosuras que se llaman Dorotea (la infanta Micomicona), Luscinda, Zoraida y Clara, acompañadas de Don Fernando, de Cardenio y de Don Luis (el rico joven disfrazado de mozo de mulas por seguir a Clara, la hija del Oídor que está de paso en una venta, con ellas) y donde se desarrollaron las interesantísimas escenas a que dan pie la reunión de tantas hermosuras, y donde se halla a satisfacción de Don Quijote y de Sancho el pleito del yelmo de Mambrino y el de si la albarda del rucio era albarda o jaez, se entra en la lectura de los citados Capítulos XLVII y XLVIII, y el rostro del lector, generalmente risueño frente a las páginas del libro inmortal, trueca en serio ante el terrible alegato de Cervantes contra los libros de caballería; alegato en el que el genio alcalaíno, el padre del español idioma, vierte su erudición pasmosa para combatirlos, para anularlos, para hacerlos añicos; siempre guardando los respetos históricos que tan bien sabía guardar el manco de nombre imperecedero.

Para tal labor, que compendia, hemos dicho, toda la médula, toda la enjundia del *Quijote*, se vale Cervantes de un canónigo, no de la laya del irascible sacerdote que más tarde en la 2.^a parte aparece en casa de los duques, sino de un sacerdote ponderado, discreto, afable, circunspecto, literato, al que traspasa Cervantes, al hacerle hablar, su admirable erudición; como si se propusiera mostrarse respetuoso con la Iglesia al crear tan interesante personaje en calidad de instrumento para sus hondos fines y designios.

Cierro los ojos y en la obscuridad reinante quisiera grabar en mi cerebro la efigie de Cervantes, pintada por Jáuregui; figurarme aquel rostro serio, grave, la vista fija en las puntas de la pluma que llena de ideas, de pensamientos, de conceptos el papel en que escribe, para dejar en él toda la esencia de la 1.^a parte de su libro, a la manera del químico que de un enorme montón de hojas

de rosa extrae la esencia de la flor; tan generosa, que una sola gota basta para perfumar anchos ámbitos. Nada hay tan generoso como el perfume.

Así lo exhalan los Capítulos a que aludimos. Así los escribió Cervantes, perfectamente impuesto de que en aquellos momentos destruía la disparatada novelaría que los libros de caballería encierran; abriendo con ello nuevos horizontes para mejor entretenimiento de los lectores de su tiempo, tan amigos, tan aficionados a leer sandeces.

Cervantes, el gran satírico, empieza por encerrar a Don Quijote dentro de una jaula. Para que ande, el caballero andante, le concede tan pequeño espacio. Pobre Don Alonso Quijano, el bueno: Creído de que va encantado por los sabios sus persistentes enemigos, sin que le apéen de su idea ni Sancho, ni el cura, ni el canónigo. Son los sabios encantadores los que le impiden cabalgar sobre Rocinante, ancho el campo en busca de aventuras. Los razonamientos de Sancho para convencerle no son todos bien olientes. Pero el loco inmortal arguye que los sabios han cambiado de sistema: que los encantados beben, comen, hablan y están atendidos a todas las molestias corporales. Pero en la 2.^a parte daremos con Durandarte en la cueva de Montesinos.

Hagamos un poco de historia. Se encuentran en una venta (por Don Quijote imaginada castillo) el cura y el barbero del lugar de la Mancha de cual nombre no quiso acordarse Cervantes, y en el Capítulo XLVI titulado: «De la notable aventura de los cuadrilleros y la gran ferocidad de nuestro buen caballero Don Quijote», se lee la manera como fué enjaulado por unos enmascarados (el cura, el barbero, Don Fernando y sus acompañantes) que le ataron, dormido, los pies y lo maniataron luego, colocándole, enjaulado, encima una carreta de tardos bueyes que al acaso pasó por la famosa venta.

Se devana los sesos el héroe al verse caminando la carreta a tan tardo paso, y no se explica cómo para llegar a su aldea, y para que se cumplan las promesas matrimoñescas de que le habló el enmascarado barbero, va él, caballero andante, tan despacio, «porque siempre los suelen llevar por los aires con extraña ligereza, encerrados en alguna parda y oscura nube, o en algún carro de fuego, o ya sobre un hipógrifo u otra bestia semejante».

El ideado implica enjaular la idea de toda la andante caballería, causa de la locura del héroe,

implica destruir todo el castillo de naipes de tan endeble y disparatada literatura y sus fantásticas creaciones; cuanto más fenomenales más agradables para el extraviado paladar literario de los lectores y lectoras de aquellos tiempos. Y el andamiaje cae, se derrumba, ante el empuje de la pluma de Cervantes, por boca del cura y del canónigo, imbuído el primero por su contacto con Sansón Carrasco; el bachiller, que en el libro inmortal representa la máxima ponderación en lo práctico, en la materialidad apartada del idealismo de las cosas, el personaje más dólido de ver loco a Don Quijote, el constantemente empeñado en eximirle de su locura, el vencido Caballero de los Espejos pero vencedor en la 2.^a parte del libro como Caballero de la Blanca Luna, el enamorado de Casildea, más hermosa según el plan que llevaba, que Dulcinea del Toboso, el triunfante en las playas de Barcelona, la «en sitio y en belleza única».

Veamos cómo prepara Cervantes su formidable alegato. Hace aparecer el susodicho canónigo, que lo era de Toledo, cabalgando sobre poderosa mula a la cabeza de seis o siete acompañantes todos iguales montados, se acerca a los conducentes de la jaula y al verla guardada por cuadrilleros cree que llevaban algún facineroso. Pregunta y al oírla Don Quijote dice: «Por dicha vuestras mercedes, señores caballeros, son versados y peritos en esto de la caballería andante? «Porque si lo son comunicaré con ellos mis desgracias; y si no, no hay para que me canse en decirlas.» A lo que responde el canónigo: «En verdad, hermano, que sé más de libros de caballerías que de las Súmeras de Villalpando; así que, si no está más que en eso, seguramente podéis comunicar conmigo lo que quisiéredes.» Explica Don Quijote seguidamente: «Quiero, señor caballero, que sepades que yo voy encerrado en esta jaula por envidia y fraude de malos encantadores. Caballero andante soy y no de aquellos de cuyos nombres jamás la fama se acordó, para eternizarlos en su memoria, sino de aquellos que a despecho y pesar de la misma envidia, y de cuantos magos crió Persia, bracmanes la India, ginosofistas la Etiopía, han de poner su nombre en el templo de la inmortalidad, para que sirva de ejemplo y dechado en los venideros siglos, donde los caballeros andantes vean los pasos que han de seguir, si quisieren llegar a la cumbre y alteza honrosa de las armas.» Interviene el cura, encantador con los personajes de la venta, de Don Quijote, y dice al canónigo: «Este es, señor, el Caballero de la Triste Figura, si ya le oíste nombrar en algún tiempo; cuyas valerosas hazañas y grandes hechos serán escritos en bronce duros y en eternos mármoles por más que se canse la en-

»vidia en escurecerlos y la malicia en ocultarlos.» El canónigo se admira de oír hablar de tal manera al preso y al libre y está a punto de santiguarse, cuando se entremete Sancho procurando deshacer todo aquel encantamiento, temeroso de que se venga abajo toda su ilusión de granjearse como gobernador o visorrey de alguna ínsula, o reino. Interviene el enmascarado barbero: «También vos, »Sancho, sois de la cofradía de vuestro amo? Vive »el Señor que estoy viendo que le habéis de tener »compañía en la jaula, y que habéis de quedar tan »encantado como él por lo que os toca de su humor »y de su caballería.» A todas estas dice el cura al canónigo que caminase un poco delante que él le diría el misterio del enjaulado con otras cosas que le diesen gusto. Le cuenta luego la quijotil historia y el por qué le llevaban enjaulado a su tierra para ver si por algún medio hallaban remedio en su locura.

Y empieza aquí el terrible alegato susodicho diciendo el canónigo: «Verdaderamente, señor cura, »yo hallo por mi cuenta que son perjudiciales en »la república estos que llaman libros de caballerías; »y aunque he leído, llevado de un ocioso y falso »gusto, casi el principio de todos los más que hay »impresos, jamás me he podido acomodar a leer »ninguno del principio al cabo, porque me parece »que, cual más, cual menos, todos ellos son una »misma cosa y no tiene más éste que aquél, ni »estotro. Y según a mí me parece este género de »escritura y composición cae debajo de aquel de las »fábulas que llaman milesias que son cuentos dis- »paratados que atienden solamente a deleitar y no »a enseñar; al contrario de lo que hacen las fábulas apólagas, que deleitan y enseñan juntamente. »Y puesto que el principal intento de semejantes »libros sea el deleitar, no sé yo como puedan con- »seguirlo yendo llenos de tantos y tan desafortunados »disparates; que el deleite que en el alma se concibe, ha de ser de la hermosura y concordancia que ve o contempla en las cosas que la vista o la imaginación le ponen delante; y toda cosa que tiene en sí fealdad y descompostura no nos puede causar contento alguno. Pues, ¿qué hermosura puede haber, o qué proporción de partes con el todo y del todo con las partes en un libro o fábula donde un mozo de diez y seis años da una cuchillada a un gigante como una torre, y le divide en dos mitades como si fuera de alfeñique, y que cuando nos quieren pintar una batalla, después de haber dicho que hay de la parte de los enemigos un millón de competientes, como sea contra ellos el señor del libro, forzosamente, mal que nos pese, »habemos de entender que el tal caballero alcanzó »la victoria por sólo el valor de su fuerte brazo?»

»Pues ¿qué diremos de la facilidad con que una
 »reina o emperatriz heredera se conduce en los
 »brazos de un andante y no conocido caballero?
 »¿Qué ingenio, si no es del todo bárbaro e inculto,
 »podrá contentarse leyendo que una gran torre
 »llena de caballeros va por la mar adelante como
 »nave con próspero viento, y hoy amanece en
 »Lombardía, y mañana amanece en tierras del
 »Preste Juan de las Indias, o en otras tierras que
 »ni las descubrió Tolomeo ni las vió Marco Polo?»
 Y añade el canónigo continuando su alegato con-
 tra los libros de caballería: «Fuera desto son en
 »el estilo duros, en las hazañas increíbles, en los
 »amores lascivos, en las cortesías mal mirados, lar-
 »gos en las batallas, necios en las razones, dispa-
 »ratados en los viajes y, finalmente, ajenos de todo
 »discreto artificio y por esto dignos de ser deste-
 »rrados de la república cristiana como a gente
 »inútil.»

Escucha el cura tan sensatísimas razones y en
 apoyo de ellas le cuenta al canónigo el escrutinio
 que había hecho, en casa de Don Quijote, de los
 libros que habían perturbado el juicio del hidalgo,
 y como los echó al fuego. Y siguen, canónigo y
 cura en larga y sabrosa plática sobre el tema, hasta
 que éste último declara: «Yo a lo menos he tenido
 »cierta intención de hacer un libro de caballerías,
 »guardando en él todos los puntos que he signi-
 »ficado; y si he de confesar la verdad tengo es-
 »critas más de cien hojas, y para hacer la expe-
 »riencia de si correspondían a mi estimación los
 »he comunicado con hombres apasionados desta
 »leyenda, doctos y discretos y con otros ignoran-
 »tes que sólo atienden al gusto de oír disparates,
 »y de todos he hallado una agradable aprobación;
 »pero con todo ésto no he proseguido adelante,
 »así por parecerme que hago cosa ajena de mi
 »profesión, como por ver que es más el número de
 »los simples, que de los prudentes.» Sigue diciendo
 el canónigo que lo que más le apartó de su idea
 fué el considerar como andaba dislocado el públi-
 co como espectador de las comedias en aquel en-
 tonces en uso.

Y aquí Cervantes, por boca del canónigo, pega
 largo y tendido contra comedias tales, demostrando,
 el autor de «La Numancia», su profundo cono-
 cimiento del teatro, haciendo decir al canónigo
 frases de pura verdad, que lanzaban a los autores
 finos alfilerazos cuando no flechazos implacables;
 haciendo patente al lanzarlos la portentosa erudi-
 ción que «urbi et orbi» se reconoce en el glorioso
 manco de Lepanto. Acaba Cervantes por pedir
 para las comedias la previa censura ejercida por
 inteligencias aptas y competentes, de manera que

no pueda representarse ninguna sin pasar por tal
 tamiz.

Son advertidos ambos interlocutores por el bar-
 bero que tenía delante un valle que ni pintiparado
 para el yantar y el sesteo y para que apacentaran
 mulas y bueyes, Rocinante y el rucio. Es desen-
 jaulado Don Quijote, por los ardides de Sancho,
 para que pudiera ir a donde fué y volvió más ali-
 viado, y hace entrar Cervantes en plática al canóni-
 go y a Don Quijote para proseguir el alegato
 objeto de estas mal pergeñadas líneas.

En efecto, después de sentados sobre la verde
 yerba, ávido el canónigo de hablar con Don Qui-
 jote, le dice: «Es posible, señor hidalgo, que haya
 »podido tanto con vuestra merced la amarga y
 »ociosa lectura de los libros de caballerías, que
 »le hayan vuelto el juicio de modo que venga a
 »creer que va encantado, con otras cosas de este
 »jaez tan lejos de ser verdades como lo está la
 »misma mentira de la verdad? Y ¿cómo es posi-
 »ble que haya entendimiento humano que se dé
 »a entender que ha habido en el mundo aquella
 »infinitud de Amadises y aquella turbamulta de
 »tanto famoso caballero, tanto Emperador de Tra-
 »pisonda, tanto Félixmarte de Hircania, tanto pa-
 »lafrén, tanta doncella andante, tantas sierpes, tan-
 »tos endriagos, tantos gigantes, tantas inauditas
 »aventuras, tanto género de encantamientos, tantas
 »batallas, tantos desaforados encuentros, tanta bi-
 »zarria de trajes, tantas princesas enamoradas, tan-
 »to billete, tanto requiebro, tantas mujeres valien-
 »tes, y finalmente, tantas y tan disparatadas cosas
 »como los libros de caballería contienen?»

Y Cervantes, siempre respetuoso con los hechos
 históricos, como antes hemos dicho, pone en boca
 del canónigo las siguientes eruditas palabras: «Un
 »Viriato tuvo Lusitania; un César, Roma; un Aní-
 »bal, Cartago; un Alejandro, Grecia; un conde
 »Fernán González, Castilla; un Cid, Valencia; un
 »González Fernández, Andalucía; un Diego Gar-
 »cía de Paredes, Extremadura; un Garcí Pérez de
 »Vargas, Jerez; un Garcilaso, Toledo; un Don
 »Manuel de León, Sevilla; cuya lección de sus va-
 »lerosos hechos puede entretener, enseñar, deleitar
 »y admirar a los más altos ingenios que los leye-
 »ren.»

A poco que se fije el amable lector notará como
 Cervantes, serio su rostro como yo me figuro, te-
 naz en su ahinco y propósito de pulverizar los
 libros de caballerías, hace por boca del canónigo,
 un exacto, asombrador retrato de tan disparatada
 literatura contra la cual dispara con toda la fuerza
 de su colosal armamento intelectual. Y a poco que
 se fije también notará como en la contestación de
 Don Quijote al canónigo, que vamos a transcribir,

no hace más Cervantes que recalcar el terrible alegato, de que venimos hablando, para dejar a los libros de caballerías convertidos en polvo, venteado por el huracán de tan formidables argumentos.

En el transcurso de la plática contesta Don Quijote. Pero arguye el canónigo: «No puedo yo negar, señor Don Quijote, que no sea verdad algo de lo que vuestra merced ha dicho, especialmente a lo que toca a los caballeros andantes españoles; y asimismo quiero conceder que hubo doce Pares de Francia; pero no quiero creer que hicieron todas aquellas cosas que el arzobispo Turpín dellos escribe, porque la verdad dello es que fueron caballeros escogidos por los reyes de Francia, a quien llamaron Pares por ser todos iguales en valor, en calidad y en valentía; a lo menos si no lo eran, era razón que lo fuesen, y era como una religión de las que ahora se usan de Santiago de Calatrava, que se presupone que los que la profesan han de ser o deben ser caballeros valerosos, valientes y bien nacidos; como ahora dicen caballero de San Juan o de Alcántara, decían en aquel tiempo caballero de los doce Pares, porque fueron doce iguales los que para esta religión militar se escogieron.»

Pero Don Quijote tan razonable cuando no se trata de libros de caballerías como perdido el seso cuando de ellos se trata, no se convence y a su vez arguye: «Bueno está eso; los libros están impresos con licencia de los reyes y con aprobación de aquellos a quien se remitieron, y que con gusto general son leídos y celebrados de los grandes y de los chicos, de los pobres y de los ricos, de los letrados e ignorantes, de los plebeyos y caballeros, finalmente, todo género de personas, de cualquier estado y condición que sean, ¿habían de ser mentira y más llevando tanta apariencia de verdad, que nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar y las hazañas, punto por punto y día por día, que el tal caballero hizo o caballeros hicieron? Calle vuestra merced, no diga tal blasfemia, y créame, que le aconsejo en esto lo que debe de hacer como discreto, si no, léalos y verá el gusto que recibe de su leyenda. Si no, dígame: ¿hay mejor contento que ver, como si dijésemos, aquí ahora se muestran delante de nosotros un gran lago de pez hirviendo a borbollones, y que andan nadando y cruzando por él muchas serpientes, culebras y lagartos, y otros muchos géneros de animales feroces y espantables, y que del medio del lago sale una

voz tristísima que dice: «tú, caballero, quienquiera que seas que el temeroso lago estás mirando, si quieres alcanzar el bien que debajo destas aguas se encumbra, muestra el valor de tu fuerte pecho y arrójate en mitad de su negro y encendido licor; porque si así no lo haces, no serás digno de ver las altas maravillas que en sí encierran y contienen los siete castillos de las siete Fadas que debajo desta negrura yacen?» Y que apenas el caballero no ha acabado de oír la voz temerosa, cuando sin entrar más en cuentas consigo, sin ponerse a considerar el peligro a que se pone y aun sin despojarse de la pesadumbre de sus fuertes armas, encomendándose a Dios y a su madre, se arroja en mitad del bullente lago, y cuando no se cata ni se sabe dónde ha de parar, se halla entre unos floridos campos con quien los Elíseos no tienen que ver en ninguna cosa?» Y sigue Don Quijote contando dislates fantásticos: «Y ¿hay más que ver después de haber visto esto, que ver salir por la puerta del castillo un buen número de doncellas, cuyos galanes y vistosos trajes, si yo me pusiera ahora a decirlo como las historias nos lo cuentan, sería nunca acabar, y tomar luego, la que parecía principal de todas, por la mano, al atrevido caballero que se arrojó en el ferviente lago, y llevarle sin hablarle palabra dentro del rico alcázar o castillo y hacerle desnudar como su madre le parió, y bañarle con templadas aguas, y luego untarle todo con olorosos unguentos, y vestirle una camisa de cendal delgadísimo toda olorosa y perfumada, y acudir una doncella y echarle un mantón sobre los hombros, que por lo menos, menos, dicen que suele valer una ciudad?»

Se expresa Don Quijote en tales ilusionados términos, diciendo aun muchos más y Cervantes, al hacerle hablar de tan disparatada manera, reflejo de las lecturas que hicieron pasar a Don Alonso de Quijano «las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio», no hace más que remachar el clavo en la misión que se impuso el gran satírico para aniquilar los libros de caballerías; hecho lo cual su rostro debió trocar de grave y serio en risueño, como el del que queda satisfecho de su labor.

Y, en realidad de verdad, pudo quedar satisfecho.

ERNESTO JAUMEANDREU OPISSO

Octubre, 1935.

Cervantes, novelista

III

Las dos doncellas. La fantasía de Cervantes, con un argumento un tanto artificioso, creó una novela más del tipo de las de aventuras, a que tan aficionado era, pero en la que trata de resolver una cuestión de orden moral. El conflicto entre un deber y una promesa—deber secundario—presentado aquí, carece, sin embargo, de fuerza suficiente para hacer dudosa la solución: es, sencillamente, el pretexto para poner en acción a los protagonistas.

Una joven (Teodosia) burlada por su prometido (Marco Antonio), ausentado del lugar, trata de buscarle poniéndose en camino disfrazada con traje de varón, favoreciéndole en su empeño el feliz encuentro con su hermano (Rafael) en una de las ventas. En ella tienen noticias de que el fugitivo ha embarcado en una galera con rumbo a Nápoles, y deciden dirigirse a Barcelona y llegar antes de que el bajel toque en este puerto.

Por rara coincidencia, en el camino traban relación con otra joven (Leocadia) disfrazada igualmente de varón, a quien acaban de despojar unos bandoleros, la cual persigue el mismo fin que los dos hermanos, o sea encontrar al galán fugitivo. Descubierto al fin en la playa de Barcelona, después de algunas incidencias todo se arregla a satisfacción casándose Marco Antonio con la novia burlada, y Rafael con Leocadia, llegando todos al lugar de partida a tiempo de evitar un lance entre los padres de los enamorados.

Es notable el conocimiento de Cataluña y sus costumbres que demuestra Cervantes, como son famosos los elogios que a esta región dedica. La producción que nos ocupa puede ser tenida como una novela de aventuras muy estimable, si aceptamos como posible el hecho extraordinario del doble atrevimiento femenino.

La señora Cornelia. Es la novela, en cuanto a clasificación del género, que puede admitir más calificativos: de imaginación y de aventuras, de capa y espada, caballeresca, amorosa, etc., pues toda esta variedad contiene. De corte análogo a la anterior, alcanza, sin embargo, más alta categoría por la hidalguía de los personajes y la rígida seriedad de las situaciones.

El papel preponderante asignado a las figuras de los dos caballeros españoles don Juan y don Antonio, estudiantes en Bolonia, es el eje principal de toda la novela, como si el asunto de ésta

fuese únicamente el medio de presentar el prototipo de la caballería hispana, tan famosa en la época, en todas las facetas de desinterés, valor, galantería y nobleza, prendas que en verdad demostraron cumplidamente en la ayuda a la hermosa Cornelia, cuando el duque de Ferrara parecía huído después de logrado su objeto. Por esto, los hechos de los dos personajes constituyen el nudo de la trama, bastante lógica en el ambiente en que se desenvuelve. Conveniencias de familia obligaron al duque a mantener secretos sus amores, y este equívoco da pie a escenas como un lance en la noche, la ocultación de Cornelia por temor a la ira de su hermano, la demanda de reparación al duque, la completa satisfacción de éste y, finalmente, el obligado casamiento, todo lo cual realizado por la acción de los dos caballeros españoles; escenas tan naturalmente trazadas por la pluma de Cervantes, que hacen olvidar lo ilógico de algunas situaciones.

En casamiento engañoso. Otro cuadro extraordinariamente realista presenta aquí Cervantes. Un casamiento en el que ambos contrayentes, doña Estefanía y el alférez Campuzano, se han engañado mutuamente en cuanto a moralidad y hacienda, buscando el bienestar respectivo; situación que pocos días después se pone en claro, con la consiguiente separación y escándalo, por haber tenido el alférez que ingresar en el hospital con cierta enfermedad. El asunto no sale de los límites de casos parecidos que en la vida se dan con frecuencia, pero el relato no deja de tener un interés creciente por la industria puesta en juego y el carácter de Campuzano, que toca en lo picaresco.

Esta novelita es en cierto modo una introducción a «El coloquio de los perros», pues, en efecto, después de haber terminado de contar al licenciado Peralta sus desdichas matrimoniales, Campuzano da por bien empleado el tiempo pasado en el hospital, por haber tenido ocasión de oír el coloquio entre *Cipión y Berganza*.

El coloquio de los perros. Es una novela, a modo de cuento, realista y completamente humorística, la mejor, indiscutiblemente, de las *Novelas Ejemplares* y merecedora de alto encomio.

El alférez Campuzano asegura haber escuchado una noche, en el hospital de la Resurrección de Valladolid, una conversación—que lleva escrita—entre los perros *Cipión y Berganza*, aunque conce-

de que también hubiera podido ser un sueño. Entregando el escrito al licenciado Peralta, éste da comienzo a la lectura del «Coloquio que pasó entre Cipión y Berganza», que tal es el verdadero título del cuento. El argumento es el propio relato de *Berganza*, los sucesos, vicisitudes, trances, observaciones y secretos de su vida de perro inteligente.

Bastante dice Cervantes valiéndose de esta ficción; pero adivínase que mucho más hubiese dicho a no tropezar con las conveniencias de la época. Vemos, como en «El licenciado Vidriera», la lucha de un espíritu libre expresando su pensamiento de la mejor manera posible: sin disimulo cuando de truhanes se trata, con comedimiento al criticar a los poderosos, esto es, separando lo general de lo particular. Trátase, en efecto, de una pequeña disección de las clases sociales: criadas y empleados, justicias y pícaros, hacendados, comediantes, mujerzuelas, etc., poniendo al descubierto los vicios y la mísera condición interior, la que no nos es dable conocer más que cuando somos víctimas de ella.

El propósito de Cervantes está bien expresado en un fragmento del final del relato de *Berganza*, que no resistimos al deseo de transcribir: «...pues todo lo que has oído es nada comparado a lo que te pudiera contar de lo que noté, averigüé y vi destagente, su proceder, su vida, sus costumbres, sus ejercicios, su trabajo, su ociosidad, su ignorancia y su agudeza, con otras infinitas cosas, unas para decirse en el oído, otras para aclamallas en público, y todas para hacer memoria dellas, y para desengaño de muchos que idolatran en figuras fingidas y en bellezas de artificio y de transformación».

Una vez más se manifiesta aquí la superior condición de Cervantes de fino observador y gran psicólogo. El hecho de hacer hablar a los animales no era nuevo, ciertamente; mas son originalísimos la forma y el medio en que actúan *Cipión* y *Berganza*.

ANTONIO MALDONADO RUIZ

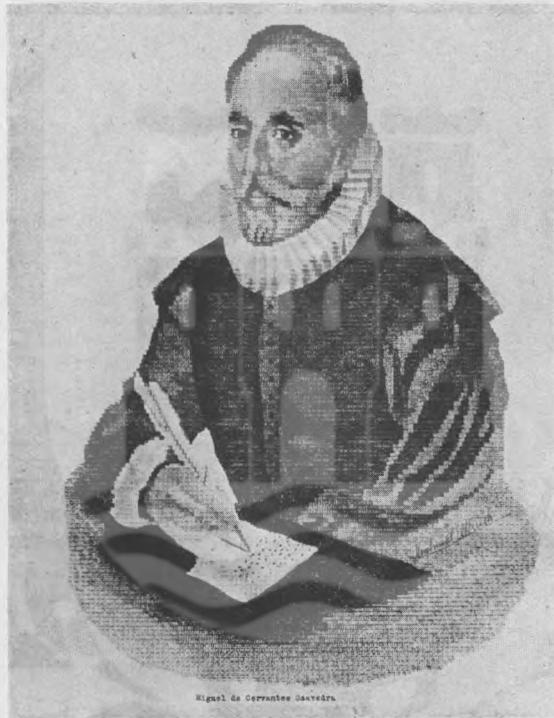
(Continuará).



Un bello ejemplar mecanografiado del Quijote

No es esta ciertamente la primera vez que tratamos en estas líneas de este soberbio y original ejemplar del *Quijote*. Ya en el número 10 de esta revista nos referimos a él, aunque accidentalmente

tos que han de interesarle si no también alguna que otra reproducción que si bien no darán una idea clara de su verdadero valor, serán expresión fiel de este nuevo arte conseguido por la mecano-



Facsimile del retrato de Cervantes hecho a varios colores en la máquina de escribir por la señorita Montserrat Alberich

al describir unas cuantas curiosidades de carácter cervantino en el artículo titulado «Lo que España debe a un libro».

Hoy, después de admirar esta obra, de arte y de originalidad indiscutible, nos es grato ofrecer a nuestros caros lectores, no sólo unos cuantos da-

grafía, del que hemos de confesar sinceramente que jamás llegamos a imaginar que pudiera substituir a las maravillas del pincel.

El ejemplar a que nos referimos, que sigue el texto de la magnífica edición editada por la casa Salvat y C.^ª S. en C., impresa en Barcelona en

1916, según arreglo del Sr. Rodríguez Marín y cuyo tamaño de caja es de $27 \times 44 \frac{1}{2}$ y el total con márgenes incluidos de $38 \times 53 \frac{1}{2}$, todo el mecanografiado, ofrece las características siguientes:

Primera Parte: Retrato de Cervantes (que reproducimos en estas páginas), Portada, Dedicato-

ta de 320 págs., Índice de capítulos hasta la página 323 e Índice de láminas.

El número indicativo del Capítulo es en letra azul, y el Título del mismo en tinta verde. La letra del texto es negra, a excepción de las iniciales de párrafos, que son de color rojo y en gran tamaño:



Facsimile de una lámina del capítulo V de la segunda parte del Quijote, hecha a varios colores en la máquina de escribir, por la señorita Montserrat Alberich

ria, Prólogo y Sonetos, que ocupan en total diez páginas de numeración romana. Sigue a esto la Portada de la primera parte adornada con una gran orla de flores, de distintos coloridos, y comienza en la siguiente el texto con numeración corriente, y que consta de 278 páginas, escritas por una sola cara. Siguen al texto las págs. 279 a 281 que contienen el Índice de Capítulos, y otra sin numerar, con el Índice de las láminas.

Forman la *Segunda Parte:* Portada con gran orla, tres páginas de Preliminares, texto que cons-

en cambio, la letra de los Sonetos es verde, y amarillas las iniciales.

Cada Capítulo contiene al finalizar el mismo un fino dibujo representando flores, cuyo tamaño varía según el margen disponible, así como el adorno en sí, y sus múltiples coloridos.

Más interesante aún que la pulcritud del texto nos la ofrece, sin duda, la belleza de sus láminas que en número de 26 avaloran notablemente la perfección del texto. El tamaño de aquéllas es de $25 \frac{1}{2}$ por 34 y al pie de cada una figura el breve

texto aclarativo de la escena a que se refiere, no faltando entre ellas escenas de la Venta, Molinos, Bodas de Camacho, Sancho Gobernador, Palacio de los Duques, Llegada a Barcelona y Muerte de Don Quijote, sólo por citar algunas.

No queremos dejar de consignar como dato curioso, la variedad de tintas empleadas en su

que comenzando en 1928, fué terminado en el siguiente de 1929, no sin gran esfuerzo, con objeto de figurar expuesto en el Palacio de las Artes Gráficas de la Exposición Internacional de Barcelona, donde fué admirado y elogiado con toda unanimidad por cuantos visitaron el mismo.

La mayor garantía de los elogios aquí consigna-



Facsimile de una lámina representando las bodas de Camacho, hecha a varios colores en la máquina de escribir, por la señorita Montserrat Alberich

colorido que en número de 13 y según su mayor o menor pulsación nos ofrecen el colorido real de los personajes o cosas que representan, ni tampoco el número de personajes de que constan algunas de las láminas que llegan a ser hasta 14, perfectamente definidos.

Estas son, en suma, las características más interesantes de este magnífico ejemplar del Quijote debido a la excepcional habilidad mecanográfica de la Srta. Montserrat Alberich Escardivol, quien empleó poco más de un año en su confección, ya

dos puede ofrecerla el hecho de que en el Concurso Mecanográfico Artístico, celebrado en La Haya en 1932, fué la Srta. Alberich, la que con una reproducción mecanográfica en pergamino, del cuadro «Duchess of Devonshire», consiguió alcanzar la máxima clasificación, venciendo a representantes de 15 naciones, entre los 354 trabajos que fueron presentados. En el propio concurso, logró con otros dos trabajos otros dos premios igualmente de primera categoría.

Vayan, pues, en estas breves líneas nuestra más

sincera felicitación a la Srta. Alberich, autora de este magnífico ejemplar que repetámoslo una vez más, no puede ser calificado como un *Quijote* más sino como una obra de arte más, única en su género, que encierra en su interior el texto incomparable del *Quijote*.

JUAN SEDÓ PERIS-MENCHETA

Nota.—Al entrar en prensa las presentes cuartillas nos enteramos, no sin sorpresa, de un nuevo proyecto de la Srta. Alberich, que consiste en orlar, página por página todo el texto.

Celebraremos infinito que llegue a ser un hecho en poco tiempo, ya que ello mejorará todavía la belleza de este original ejemplar.



Las dos coronas

De estas coronas brillantes
¿cuál tiene en más precio el mundo?
¿La de Felipe Segundo
o la de Miguel Cervantes?
Cada cual nos dejó un lote,
que puso a sus vidas sello:
¿pero cuál más grande y bello,
El Escorial o el *Quijote*?
¿Cuál será más alta empresa
ni más valerosa hazaña,
San Quintín desde la España,
o Lepanto en la «Marquesa»?
¿Qué infortunio es más cruel
ni qué pesar más terrible,
Felipe ante la Invencible
o Cervantes en Argel?
¿Cuál fué para el pueblo amado

más útil y santa ley,
la política del Rey
o la sangre del soldado?
¿Quién puso en el duro potro
al pensamiento importuno,
el despotismo del uno
o el genio inmortal del otro?
¿Y qué enseñanza es más seria
para los pueblos cristianos,
la majestad con gusanos
o la gloria con miseria?
Si ciencia y virtud son antes
que oro y poder en el mundo,
¡paso, Felipe Segundo,
a la sombra de Cervantes...!

-I- ROMUALDO ALVAREZ ESPINO

¡Y era manco!

Con extraña habilidad
un soldado, poco a poco,
queriendo pintar un loco
retrató a la humanidad.
Como dijo la verdad,
dejó al mundo descontento,
y, mendigando el sustento,
murió de hambre el pobrecito
acusado del delito...
de tener mucho talento.

En obra tan singular
que rival no ha de tener,
España aprende leer,
el mundo aprende a pensar.
De aquel tesoro sin par,
Cervantes, con rica vena,

dijo tanto en cada escena,
en una página sola,
que (aún siendo la obra española)
España la encuentra buena.

Hoy dice el mundo (y se engaña)
—«¡Pues no era manco el autor!»
Mas, quien hizo tal primor
salió manco de campaña.
Si por la gloria de España
que en el *Quijote* se encierra,
Europa nos arma guerra,
decid con desdén profundo:
«¡El mejor libro del mundo
le escribió un manco en mi tierra!»

LEOPOLDO CANO Y MASAS



Por rutas cervantinas

Amanecía, cuando nos dispusimos salir de Madrid, camino de la Mancha, en automóvil.

Cuatro días antes habíamos visitado la patria del Ingenioso Hidalgo Don Miguel de Cervantes Saavedra, y en la antigua Compluto, concebimos la idea de visitar la tierra en que naciere el héroe inmortal de su sin par novela.

Al abandonar la villa del oso y del madroño, quisimos recalar en Toledo, aunque algo apartado de la ruta que habíamos de seguir, y así lo hicimos, de suerte que hora y media después, entrábamos en la plaza de Zocodover. Conocíamos la histórica, bella y monumental ciudad, conocíamos todas sus joyas y grandezas artísticas e históricas, pero no habíamos contemplado jamás la ciudad desde la montaña que se extiende a su frente, al otro lado del Tajo. Afortunadamente pudimos hacerlo desde el automóvil por una carretera, que, aunque en construcción aún, circundaba ya casi toda la ciudad. El panorama era sorprendente, maravilloso. Estábamos a la altura de las torres del Alcázar separándonos la ciudad poca distancia más que la del cauce del río, y el efecto que producía su contemplación, era en extremo fantástico, indescriptible. Nos parecía contemplar una ciudad de sueños, algo tan raro y tan bello, que no puede existir. Y al bajar la vista, el padre Tajo, profundo, obscuro, revuelto, precipitado y espumoso, atravesando entero el arco de aquella prodigiosa fábrica denominada puente de Alcántara, cuya solidez, ha sido probada por tantos siglos, venía a aumentar nuestra ilusión contemplativa haciéndonos creer que soñábamos...

Regresamos a la ciudad que conserva recuerdos de todas las razas que la poblaron, en grandes monumentos o en ruinas de ellos, con intención de proseguir nuestro viaje, pero ya de nuevo en Zocodover, sentimos la necesidad de hacer la acostumbrada visita a Santo Tomé, para contemplar el cuadro del entierro del conde de Orgaz, y a la Posada de la Sangre.

Descendemos del coche y contemplamos los respaldos de los bancos de la plaza, todos ellos con escenas del Quijote, lo que nos hace recordar que Cervantes, adquirió en Toledo, unos cartapacios escritos en árabe, que resultaron ser la «Historia de Don Quijote de la Mancha», escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador árabe, y que no fué en esta plaza, que ya no era zoco, donde los adquiriera, sino en el Alcaná, centro entonces del comercio de joyas y sederías, cuyos manuscritos

compró por medio real a un muchacho y se los tradujo después un morisco aljamiado, mediante el pago de dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo.

Entramos en Santo Tomé, dirigiéndonos ante el cuadro famosísimo del Greco. Entre los personajes que rodean el cuerpo exánime del Conde de Orgaz, parécenos contemplar el rostro del autor de «La Galatea», y hasta el cicerone nos dice:

—Ese que ven ustedes aquí, a la derecha, es Don Miguel de Cervantes.

A nosotros nos satisfacería que fuese, pero lo dudamos.

De allí, nos dirigimos a la posada del Sevillano, entrando por los mismos umbrales que tantas veces entrara aquel huésped ilustre que en ella escribiera «La ilustre fregona». Al entrar en el patio cuadrado, nos descubrimos respetuosos y contemplamos los aposentos uniformes de los bajos y del único piso de la posada. ¿En cuál de ellos se hospedaría nuestro hidalgo? ¿Dónde escribiría su famosa novela?—nos preguntamos—. Y abstraídos, ensimismados, estamos a punto de gritar: ¡Constancia! Y preguntarle: ¿Dónde se hospeda un caballero que tiene la mano izquierda estropeada, que dicen que escribe novelas? Y dejando volar nuestra fantasía, nos parece oír el rasguear sobre el papel la pluma sin par de Cervantes, por lo que salimos de la posada casi de puntillas, para no molestarle con el ruido de nuestras pisadas.

Ya en la calle seguimos abstraídos en pensamientos, y cuando el coche baja la cuesta, saliendo de la ciudad, parécenos oír gritar a los muchachos:

—¡Asturiano, daca la cola! ¡Daca la cola, asturiano!

Abandonamos Toledo pasando por Aranjuez para seguir la carretera de Valencia que ha de conducirnos a la Mancha. El auto, por una carretera llana, de unas rectas interminables, va devorando kilómetros y kilómetros, hasta que llegamos a la tierra de Alonso Quijano el Bueno. Entonces rogamos al conductor que marche con lentitud para ir contemplando el panorama. La llanura que se presenta ante nuestra vista es algo extraordinariamente notable. Por donde quiera que miramos, vemos el mismo panorama: ¡Llanura, llanura, llanura! Ahora no se distingue ni un solo árbol, ni se ve por asomo ninguna montaña. Nos produce la sensación de que todo el planeta es igual, pues al alcance de nuestra vista contemplamos la inmensa planicie en forma esférica. Andamos muchos

kilómetros y el panorama no varía. Nos recuerda la contemplación de este paisaje, cuando en cierta ocasión escribimos hablando de Don Quijote:

«La inmensidad del mar es el antípoda de la seca llanura en que naciere, y grandes, como el mar, son sus amores, pues es de Dulcinea hasta la muerte.»

Verdaderamente, grande como la llanura, era su amor a Dulcinea: grande como la llanura, su ideal.

D. Quijote, había de nacer precisamente aquí. Ahora nos explicamos por qué Cervantes, hace nacer en esta tierra a su héroe: en un pueblo de ella de cuyo nombre no quiso acordarse. Porque naciendo aquí nacía su espíritu indómito, libre, y podía volar sin traba alguna por las más bellas regiones del más puro idealismo, sin tropiezos, sin rodeos. Supo elegir el país donde naciera el hidalgo más noble, liberal y justo que han conocido los siglos! Aquí, apartado de todo, lejos de las ciudades y de los palacios donde se engendraban todas las ignominias y todas las tiranías. Aquí, donde la majestad está en la naturaleza y nos sentimos desligados de todo, porque esta llanura de la Mancha, es todo un poema, es el mejor canto a la libertad.

Un rótulo en letra clara, nos indica, señalándonos la dirección: «Al Toboso». Y nos desviamos a la derecha para dirigirnos a la patria de Dulcinea. El panorama sigue siendo el mismo, la misma llanura, aunque a intervalos ondulosa. Tampoco hay árboles. Vamos a entrar en el pueblo y yo confío ver siquiera aquellas encinas entre las que Don Quijote quedó en espera de que tornase Sancho de llevar sus recados a la emperatriz de la Mancha; pero tampoco existen.

Ya estamos en El Toboso. Esto es un pueblo en ruinas. No puede verse casi ni un edificio firme a excepción de aquel que hizo exclamar a Don Quijote: «Con la Iglesia hemos dado, Sancho.» Buscamos el llamado palacio de Dulcinea, y también está en ruinas: poco o casi nada queda ya de lo que fué mansión de Aldonza Zarco de Morales. Y el alma se nos entristece, nos sentimos humillados, condolidos. ¡Pensamos...! En este pueblo nació y vivió Dulcinea, por obra de Cervantes. Dulcinea es tanto como decir amor, paz, justicia, libertad, bien; es en fin, la suma perfección del ideal humano. Por Dulcinea, luchó nuestro caballero D. Quijote, y realizó grandes proezas, siendo el lema de su proceder, hacer bien a todos y mal a ninguno. Y esta humanidad por la que luchó nuestro héroe, esta humanidad a la que legó Cervantes, tan sabios preceptos, no ha podido con-

servar siquiera el palacio donde supuso se albergase la supuesta Dulcinea; no supo conservarlo como no ha sabido seguir la moral, la idealidad y la grandeza de espíritu, que nos inculcara en las páginas de su libro inmortal.

Habiendo visto El Toboso, nos interesa ver los molinos de viento. No disponemos más que de las horas que quedan de día, y son más de las tres. Volvemos de nuevo a la carretera de Valencia y vamos mirando a uno y a otro lado por tal de descubrir algún molino. Pasamos algunos kilómetros sin que se vislumbre ni uno solo. ¡Nosotros que creíamos en la abundancia de ellos, por aquello de «en esto se divisaron treinta o cuarenta molinos de viento»! Vemos, sí, restos de molinos casi deruidos por completo, pero queremos ver alguno entero. Perdemos la esperanza de encontrarlo. Recordamos que no hace mucho tiempo, vimos en un periódico ilustrado la fotografía de un magnífico molino con sus aspas y todo, y esto nos hace tener la esperanza de que los encontraremos. Y seguimos en su busca sin dejar de mirar con los prismáticos en todas las direcciones.

Divisamos un pueblo y a él nos dirigimos decididos a informarnos en él.

Es Quintanar de la Orden, un pueblo grande, el mayor de aquellos contornos.

La tierra continúa con las mismas características, la llanura sigue igualmente interminable. Ahora vense unos árboles. Quizá en uno de aquellos fué donde Juan Haldudo, tuvo atado a Andresillo, desnudo de medio cuerpo arriba, azotándole con una pretina. Y recordamos la escena: El labrador pega bárbaramente al muchacho, éste se lamenta, don Quijote, oye sus gemidos y decidido se dirige hacia el lugar de donde parten los ayes. Detiene al labrador en su bárbara tarea y hace desatar al muchacho que reclama lo que le corresponde de su soldada. Dícele D. Quijote al labrador que le pague al momento los sesenta y nueve reales a que asciende, si no quiere morir por ello. El labrador amedrentado contéstale que no puede pagarlos en el acto, porque no tiene dineros, pero dice que se vaya con él Andrés a su casa que él se los pagará un real sobre otro. Advierte el muchacho a don Quijote, que viéndose solo con él su amo, no le pagará; pero el labrador jura que le pagará religiosamente y don Quijote, accede, no sin antes decirle que si no cumple su palabra, le buscará para hacérsela cumplir, aunque se escondiera más que una lagartija. Y parte caminando hacia su aldea, dirigiéndose a media voz a Dulcinea, diciéndole que bien podría darse por dichosa «de tener rendido y sujeto a su voluntad a un caballero como él, que acaba de deshacer el

mayor entuerto y agravio que formó la sinrazón». Pero apenas se apartó de ellos don Quijote, volvió el labrador a asir al muchacho a la encina y le dió tantos azotes que le dejó por muerto. Ejemplo clarísimo de lo que es capaz la villanía, cobarde y mentirosa, hipócrita y rastrea. ¡Cuántos Haldudos andan sueltos por toda España, que juran por la fuerza, encubiertos de personas de orden, disfrazados de buenas personas!

Quintanar, no es tampoco, ni más ni menos, que un pueblo modesto, aunque algo mayor y de mejor aspecto que El Toboso. Bajamos del auto y pensamos que el médico, el cura o el maestro, podrían informarnos en nuestra ruta y hasta indicarnos donde podríamos encontrar los molinos de viento, pero queremos prescindir de la clásica intelectualidad pueblerina e informarnos por los sencillos moradores que encontremos a nuestro paso.

Vagamos unos momentos por aquellas silenciosas calles, sin que apenas encontremos alguna persona: las más trabajan en el campo, y en él están. Encontramos a un mozalbete y a él nos dirigimos saludándole. Nos contesta muy amablemente y nosotros inquirimos en seguida:

—¿Sabría decirnos el amigo, dónde podríamos ver algún molino de viento de esos que dicen existen por estos lugares?

El muchacho sonríe, y nos contesta:

—Ah! Ustedes quieren ver uno de aquellos molinos de don Quijote, ¿verdad?

—Eso es—le contestamos, satisfechos.

—Pues miren, vengan, que desde aquí podrán ustedes divisar uno.

Seguimos con verdadero placer a nuestro guía convencidos de que no tardaremos en admirarlo. Cruzamos algunas calles y salimos al campo. El muchacho vuelve a decirnos:

—Ahora lo verán ustedes.

Nosotros le seguimos. Nos cruzamos con algunos labriegos que van recogiendo en el pueblo.

—Dios guarde a ustedes—, nos dicen al encontrarnos.

—Y a ustedes también—les contesta nuestro acompañante—. Nosotros les decimos: adiós!

Así andamos cerca de un cuarto de hora. Por hablar de algo le preguntamos al joven mientras seguimos caminando:

—¿Has leído el *Quijote*?

Y nos contesta demostrando cierta satisfacción:

—No, señor; pero me sé de memoria toda su historia.

—¡Cómo! ¿Sin haberla leído? ¿No sabes leer?

—Sí, señor; y escribir, y las cuatro reglas. Aquí en este pueblo, todos conocemos la historia de don Quijote, porque nuestros padres, nuestros abue-

los, nos hablan de ella, y hasta han conocido a su familia. Mi abuela, que es del Toboso, dice, que siendo ella muy niña, conoció a doña Dulcinea.

—Ah, vamos—le contestamos—. Y don Quijote, ¿también era de por aquí?

—Sí, señor. Dicen que era de Argamasilla de Alba, y algunos que de Alcázar de San Juan; pero yo creo que era de Argamasilla, y así se lo oí decir días atrás al barbero, que se sabe de corrida todos estos detalles.

Vamos andando por una vereda, a cuyos lados, la tierra cultivada, veese adornada por unos arbolillos que nos parecen carrascos. Pasamos aquellos arbolillos y el muchacho nos dice:

—¿Ven ustedes por donde viene aquel hombre con las mulas?

—Sí—, le contestamos.

—Pues miren en la misma dirección, más abajo, más abajo, y verán un molino.

Efectivamente, allá a lo lejos, muy lejos, divisamos un molino, que lo mismo puede distar de nosotros tres kilómetros que veinte; pero lo vemos. Ya sabemos que existen aún y queremos llegar hasta él. Es preciso volver al pueblo y subir al auto para seguir por la carretera hasta donde nos podamos acercar a él.

Regresamos al pueblo. El muchacho, al que hemos invitado a que nos acompañe, entra en un caserón a avisar a su familia de que viene con nosotros y que no tardará en regresar. Subimos al coche y nos dirigimos al lugar en que está enclavado el molino. Nos satisface hablar con nuestro acompañante y le preguntamos:

—Y de Sancho Panza, ¿qué dicen por estos pueblos?

—Sancho Panza, era de Criptana. De eso sí que estoy seguro. El suegro de mi hermana, que es de Criptana, dice que él desciende de la familia de los Panzas. Y a él mismo le llaman Colás Panza, aunque su apellido es Romero.

—Bueno, y ¿qué concepto tienes tú de don Quijote y de Sancho?

—Ánda! ¿De don Quijote? Que era un señor muy bueno, tan bueno que no permitía que a nadie se le hiciese mal alguno, y que salía siempre en defensa de los pobres. Aquí, todo el pueblo, habla bien de él. La mayoría, dice, que no se ha conocido en España un hombre igual, y que si ahora hubiesen señores como él, no pasarían las cosas que pasan. Algunos señores de aquí, de Quintanar, dicen que era un loco, pero es porque quieren quitarle méritos a un hombre que hacía tanto bien. ¡Han cambiado tanto las cosas!

—Bien, hombre, bien. Así, ¿tú eres de los que reconoces los méritos de don Quijote?

—Sí señor, hombres así hacen falta ahora.

La ingenuidad y sencillez de esta respuesta, llega casi a emocionarnos.

—Y de Sancho—continúa el muchacho—, sé que era un labrador honrado, que prefería trabajar la tierra que a ser gobernador. Y que una vez que lo fué, supo hacerlo mejor que muchos señores de los que ahora gobiernan. También hay quien le encuentra peros a Sancho, pero yo creo que fué un criado fiel y que ayudó mucho a su amo a hacer cosas buenas. Quiero decir, que tampoco se encuentran ya labradores como Sancho, pues los de ahora se irían muy a gusto de gobernadores o de lo que fuese, en tal de hacer dinero y no trabajar las tierras. Y eso sin el talento de él, que escribía unas cartas mejor que un abogado, y hacía cumplir las leyes mejor que un juez.

—Verdaderamente—le contestamos.

—Sancho—continúa—, era un gran hombre. Una vez le ofrecieron un tesoro con el que podía haber sido rico toda su vida y lo despreció por seguir a su amo, que tanto bien hacía. ¡Ya no hay hombres de esos! Algunos dicen, que don Quijote y Sancho no han existido nunca, que eso es una fantasía, que es una novela. ¡Claro! Como que a los señores no les conviene decir la verdad, porque ninguno es tan bueno como don Quijote, ni a los labradores, porque no hay tampoco ninguno que le llegue a la suela del zapato a Sancho! ¡Envidias!

El conductor del coche, nos avisa de que estamos frente al molino. La conversación ingenuofilosófica, de nuestro amigo, se nos hacía tan simpática que le escuchábamos con placer, ajenos a todo. Bajamos y nos dirigimos al gigante, que ahora, a pocos metros de él, nos muestra su grandeza.

Estos molinos se implantaron en La Mancha el año 1575, según dice Richard Ford, en su «Handbook for treveller in Spain» y por consiguiente eran una novedad en los tiempos de don Quijote. Nosotros contemplamos con admiración la gallardía del molino y en nuestra imaginación, comienzan a amontonarse ideas y pensamientos. Nuestro amigo nos llama a la realidad haciéndonos su descripción.

Nos explica que son cuatro aspas las que tiene y que la torrecilla en que están enclavadas, consta de tres pequeños pisos. En el último es donde están las piedras de las muelas que trituran el grano, que hecho harina, va cayendo por un canal en el principal; y en el bajo, que sirve de almacén, se guardan los sacos de trigo y otros cereales que han de molerse. Las aspas, puestas las velas, pueden marchar con tanto brío como le dé el impulso del viento, llegando a veces a alcanzar bastante velocidad.

Este molino tiene sus aspas desnudas y por consiguiente inmóviles, lo que nos produce la sensación más bien de monumento que de cosa útil. Nos apartamos algunos metros de él para admirar mejor todo el contorno que le rodea. Va oscureciéndose el día, y ya nuestra vista no distingue la llanura más que a pocos metros, pero esta coincidencia nos hace sentir cierta emoción. Por nuestra imaginación pasa como cinta cinematográfica la aventura de los molinos de viento, y vemos a Sancho apartarse mientras don Quijote arremete contra el molino diciendo en voces altas:

—«Non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete.»

Le vemos después volteado por sus aspas y hasta parecemos oír el ruido seco que produce el dar en tierra el cuerpo de don Quijote.

Abandonamos aquel paraje saliendo a la carretera, y subiendo al coche nos dirigimos de nuevo a Quintanar.

Estamos tan emocionados, que no nos damos cuenta que nos acompaña el buen manchego, hasta que él nos pregunta:

—¿Qué les ha parecido el molino?

—Magnífico—le contestamos.

—Mírelo, mírelo—nos dice, señalando en dirección a él mientras marchamos—. Aun se vé. Parece un gigante, ¿verdad?

—Sí, parece un gigante—le decimos—, y continuamos mirándole hasta que su silueta va amortiguándose como una ilusión que se pierde.

EZEQUIEL ORTIN

Quintanar de la Orden, 12 de Diciembre de 1935.



¿Puede traducirse el Quijote?

Con este epígrafe se publicó el 28 de Octubre de 1873 en la «Revista de España», un artículo firmado por don José María Asensio, contestación a otro de don José M. Sbarbi que tiene por título *El Quijote es intraducible*, insertado en el número XVII de «La Ilustración Española y Americana» correspondiente al primero de Mayo de 1872, cuyo artículo viene a ser una especie de respuesta a una *Carta de un cervantista inglés*, que dió a luz Mr. A. J. Duffield en el número 3 de la «Crónica de los cervantistas», publicada en Cádiz en Febrero de 1872.

El artículo citado del señor Asensio, dió lugar a que el presbítero don José M. Sbarbi, diera a luz en 1876, a un libro (que forma el tomo VI de *El Refranero General Español*) titulado *Intraducibilidad del Quijote*, en el cual prueba que la sublime novela cervantina no se puede traducir.

De la misma opinión sustentada por el señor Sbarbi son otros insignes varones que figuran en la república de las letras, entre los cuales se cuenta don Antonio Capmany y de Montpalau, quien en la pág. 427 del tomo IV de su *Teatro histórico-crítico de la Elocuencia española*, dice: «Lo único que yo dudo y siempre dudaré, es que los extranjeros, que tanto celebran el Quijote, sean capaces de conocer el verdadero mérito de su estilo y buen lenguaje: las lánguidas, frías y estropeadas traducciones que se han hecho fuera del reyno, confirman palpablemente esta sospecha. En efecto, ¿cómo penetrarán debidamente el talento exquisito de este autor, cuando ameniza y engalana su locución con frases burlescas, dichos festivos, y voces graciosas; quando sazona el lenguaje de Sancho con plausibles refranes y naturales alusiones; quando Don Quixote imita los idiotismos caballerescos y los términos anticuados; quando adorna el diálogo de los demás interlocutores con todos los donaires y delicados equívocos de la expresión castellana; si entre los mismos españoles, no es el vulgo quien siente toda su fuerza, sino las personas que poseen perfectamente la lengua?»

De la misma opinión es don Martín Fernández de Navarrete, quien en la pág. 519 de la *Vida de Cervantes*, impresa en Madrid en 1819, dice: «Juzga Florián, con razón, que una obra traducida tantas veces a todas las lenguas, y siempre con tan general aceptación, encierra necesariamente un eminente mérito. Procura demostrar esta verdad examinando las buenas calidades de la fábula del

Quijote; pero atendiendo a la diversidad de gustos y costumbres entre españoles y franceses, y entre el siglo de Cervantes y el suyo, cree que no pueden agradar ahora ciertos pasajes difusos y algunas pinturas y donaires; y como por otra parte halla imposible trasladar a su lengua las continuas bellezas que compensan tan ligeros lunares, se toma la libertad de alterar ciertas imágenes, mudar tal vez los versos, suprimir unas cosas, abreviar otras, y suplir algunas.»

En el tomo II, pág. 512 de las *Obras literarias* del ilustre Martínez de la Rosa, impresas en París en 1827, por Didot, se lee: «Preciso es repetirle aunque todo el mundo lo sepa: sólo Cervantes le fué concedido animar a Don Quijote y a Sancho, enviarlos a buscar aventuras, y hacerles hablar: su lenguaje no puede traducirse ni contrahacerse; es original, único, inimitable.»

Mor de Fuentes, en su *Elogio de Cervantes*, refiriéndose al *Quijote*, dice: «Su lenguaje, siempre elegante y castizo, y siempre absolutamente intraducible a ningún idioma, es por excelencia adecuado a las situaciones.»

De nuestra parte hemos de decir, que opinamos como don José M. Sbarbi, y como los ilustres escritores que se acaban de citar: esto es, que el genial *Quijote* es un libro que no se puede traducir a ninguna lengua, por ser un cuadro sublime pintado maravillosamente de la vida y costumbres del pueblo español, en el cual Cervantes, valiéndose de su privilegiado ingenio, enriqueció sus páginas inmortales con tal número de frases, refranes, expresiones, modos adverbiales, idiotismos caballerescos, locuciones y giros, que sólo los doctos y eruditos que conocen a la perfección el castellano, pueden saborear sus bellezas. Así, pues, no es extraño que César Oudin, primer traductor al francés de la excelsa novela cervantina, la cual dedicó al Rey de Francia, dijera entre otras cosas: «Señor, yo habría deseado que V. M. hubiese podido leer y comprender a este caballero andante en su propio idioma, pero no habiéndolo permitido el tiempo y los asuntos... me he propuesto que hablase como nuestros franceses... Su aprovechada lectura economizará la pérdida del tiempo que se emplea en hojear las novelas fabulosas;... quizá hará entrar a V. M. en deseos de saborearlo en su lengua original en la cual tiene mucha más gracias que en la nuestra.»

Por estos párrafos de la dedicatoria que César

Oudin puso al frente de su traducción, se desprende cuán difícil es de traducir el *Quijote*, porque ¿en qué lengua se puede trasladar «La razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura». Y también cuando leía: «Los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican, y os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza», que se lee en el capítulo I de la primera parte? ¿Ni aquellas palabras que dice la pastora Marcela: «que esta fiera, este basilisco, esta ingrata, esta cruel y esta desconocida, ni los buscará, servirá, conocerá ni seguirá en ninguna manera? ¿Cómo se puede traducir a otro idioma aquello de «Y así, como suele decirse: «el gato al rato, el rato a la cuerda, la cuerda al palo», daba el arriero a Sancho, Sancho a la moza, la moza a él, el ventero a la moza, y todos menudeaban con tanta priesa que no se daban punto de reposo», que se lee en el capítulo XVI de la misma parte?

Bastan estos tres ejemplos, de los muchos que contiene el sin par *Quijote*, para demostrar que no se puede traducir.

Lo mismo que se dice de que esta portentosa fábula es intraducible, se puede decir de las demás obras de Cervantes y de otras castellanas, y aun las dramáticas. Recordamos cuando la celebrada artista italiana Jacinta Pezzana puso en escena en el teatro Novedades de esta capital *El hombre de mundo*, de Ventura de la Vega, al hacer la crítica un revistero de teatros, decía entre otras cosas en la pág. 140 del *Almanaque del Diario de Barcelona*, de 1878: «*El hombre de mundo* fué ejemplo de que ciertas obras no pueden ejecutarse traducidas en el país en donde se han escrito los originales.»

Y no es extraño que diga esto el citado crítico teatral, porque según el venerable Dr. D. Clemente Cortejón, maestro en bien decir, en la pág. 385 del *Arte de componer en lengua castellana*, impreso en Madrid en 1911, dice: «Traducir no es interpretar por modo aproximado la mente del autor, sino hacer pasar las bellezas de una lengua a otra, decirlo con los mismos primores, vestirlo con iguales arreos con que Virgilio y Horacio lo hubiesen adornado, caso de traer a nuestro idioma lo que el poeta de Mántua y el cisne de Ofanto cantaron en el suyo propio. Que sea este uno de los más acertados y ventajosos procedimientos de que han de valerse los que apetezcan caudal de voces y giros, cosa es que parece estar fuera de toda suerte de duda. Volver a otra lengua las obras inmortales de los clásicos, esas en que se halla contenida la sabiduría de un pueblo, equivale a con-

quistar, por así decirlo, con la punta de la espada, lo santo, lo sabio, lo poético, lo filosófico, lo moral, de las grandes literaturas; a luchar cuerpo a cuerpo con eminentes artistas; arrancar de sus obras el color local, el matiz que dieron a las palabras, según el lugar que ocupan en la oración, la unidad, número y gracia que del sobredicho artificio literario recibieron, el genio del idioma, para decirlo de una vez. Así aprenderemos que el castellano puede ser conciso vertiendo a Tácito; grandilocuente, si a Cicerón; lleno de vida al trasladar las narraciones de César.

Tales exploraciones filológicas, esa especie de manipulación crítica del lenguaje, no puede menos de conducir a la región esplendorosa donde se encuentra, junto al significado primitivo y esencial de las voces, el efecto literario que un idioma alcanza bajo el reinado de los buenos escritores, bajo la pluma de los maestros en bien decir.

Aun ciñéndonos a la *traducción rígidamente literal, brutalmente literal*, como decía con mucho ingenio uno de los más celebrados en nuestra patria, el éxito no podrá menos de coronar tan generosa tentativa. Quien la acometiere sin preocupaciones, sin prejuicios de escuela, topará con la diferencia de construcción entre uno y otro idioma, con la índole propia de los vocablos; verá en qué se asemejan, en qué son opuestos, y cómo de tarea por extremo humilde sale el enriquecimiento de su inteligencia, un nuevo caudal de voces y de frases en las que no había parado mientes, y un dominio en el arte de componer que nunca pudo sospechar.»

A las dificultades que expone el Dr. Cortejón para traducir, que son las mismas que alegan tan ilustres escritores como don Antonio Capmany, Fernández de Navarrete, Martínez de la Rosa, Mor de Fuentes y Sbarbi, respecto de trasladar el *Quijote* a otra lengua, se deben añadir las muchas libertades que se han tomado los comentadores españoles para adulterar lastimosamente el inmortal texto cervantino. Ejemplo de ello es Pellicer, quien en vez de leer *espía* lee Espay en el capítulo XXXIX de la primera parte. Clemencín, en el XLI de la misma, trocó el «*hacer luego vela*» por «*izar luego la vela*». Y Hartzzenbusch tuvo a bien de convertir las palabras *arremetió, aniquilan, escremento, señor, hollen, juncos*, «la longura de su caballo» y *ladrillazos*, en *acicateó, acriminar, excedente, héroe, hocen, juncia*, «la longura de su cabello» y *peladillazos*.

En fin, tantas son las palabras alteradas en el *Quijote* por los comentadores españoles, que incluso el señor Rodríguez Marín, acepta no pocas de las introducidas por Hartzzenbusch; y no con-

tento con esto, en el cap. LIX de la segunda parte, tuvo el capricho de transformar en *gullurías* (no *gollerías* como se escribe hoy en buen castellano), las *gallinas* que el ventero menciona a Sancho.

Por las razones expuestas, y por aquello que dice el mismo Cervantes en el capítulo LXII de la segunda parte de su inmortal *Quijote*, de que «el traducir de una lengua en otra, como no sea de las reinas de las lenguas griega y latina, es como quien mira los tapices flamencos al revés, que aunque se ven las figuras, son llenas de hilos que las escurecen y no se ven con la lisura y tez de la haz», hemos de decir que son dignos de alabanzas por sus esfuerzos en traducir la Reina de nuestras novelas, Shelton, Motteux, Ozell, Jarvis, Smollet, George Kelly, Mary Smirke, Thomas Roscoe, Clark, Duffield, Ormsby, Edward Watts y Robinson Smith, entre los traductores ingleses de nuestro sin par *Quijote*. César Oudin, F. de Rosset, Delaunay, Viardot, F. Brotonne, Damas Hinard, Ch. Furne, Biart, Grimaux, Gebhart y Théry, entre los franceses. Bertuch, Tieck, Soltau, Müller, Förster, Möritz, Schoffler y Braunfels, entre los alemanes. Franciosini, Gamba y Ambrosoli, entre los italianos. Lambert van den Bosch y Schuller tot Peursum, entre los holandeses. Masalsky, Karelin y Tulupoff, entre los rusos. Teodora de Biehl, Liebengerg y Schaldemose, entre los dinamarqueses. Vizconde de Castilho, Azevedo, Pinheiro Chagas, Vizconde de Benalcanfor, Breton y Vedra, entre los portugueses. Stjertolpe y Lidforss, entre los suecos. Gyory Vilmos, entre los húngaros. Pikhart y Vrchlicky, como traductores en lengua bohemia. Tamaro, Bulbena y el presbítero don Ildefonso Rullán, por sus traducciones al catalán los dos primeros, y el último, por la mallorquina.

En cambio, merecen toda clase de censuras, como profanadores de la novela sin par, Philips,

Stevens, Wilmot, Jones, Dominik, Vacquette d'Hermilly, Florian, Bouchon Dubournial, Grandmaison-y-Bruno, M. l'Abbé Lejeune, Rémond, Chatenet, Mallat de Bassilan, Pahsch Basteln, Keller, F. Notter, Hoffman, Zoller, Lauckhard, Wolzogen, Benzion, Friedrich, Almazi, J. J. Gerverneur, Engelberts Gerrit, Titia van der Tuuk, Barentz, Osipov, Gernet, Chaplet, Grech, Schmidt, Chistiakov, Skylissi, Tonic, Pecirk y Matsui Shoyo.

Tal es el *Don Quijote* en el extranjero en donde ha corrido, y da grima el decirlo, la misma suerte que en España. La diferencia que hay entre los traductores extranjeros y los correctores y comentaristas españoles, es que éstos, por ser conocedores de la lengua castellana, estaban obligados a purificar su texto y no a corromperlo con caprichosas añadiduras, supresiones y enmiendas arbitrarias; en cambio aquéllos merecen la indulgencia de los buenos cervantistas por haberles guiado el buen deseo de dar a conocer en su lengua, a sus compatriotas, las bellezas que encierra tan maravilloso libro.

Con esto ponemos fin al presente artículo con la esperanza de que algún día, ha de salir de nuestra patria, quien tenga las suficientes dotes y paciencia para corregir el texto del sin igual *Quijote* y limpiarle de los innumerables errores que salió de manos de Juan de la Cuesta, y de los cometidos por otros correctores y *sabios* comentaristas, dejándole tal cómo debió salir de la inimitable pluma de Cervantes.

A esto se encamina este artículo, y su autor se tendría por dichoso si lo consiguiera, cosa que duda y dudará mientras hayan en España escritores que tengan el prurito de conocer la lengua castellana del siglo XVI, mucha más que el príncipe de los ingenios españoles.

EL BACHILLER PEZUÑA

LIBRERÍA SINTES

Ronda de la Universidad, 4 - Teléfono 16.742 - Barcelona

COMISIONISTA

de todo lo concerniente al ramo de librería

PÍDASE CATÁLOGO ESPECIAL

de obras de Medicina, Arquitectura, Construcción, Ingeniería, Electricidad, Técnicas, Astrología, Diccionarios, Educación Sexual, Espiritismo, Gimnasia, Hipnotismo, Rosacruz, Masonería, Naturismo, Vegetarismo y Teosofía

ANTIGUA LIBRERIA CERVANTES

de RAMÓN MALLAFRÉ

COMPRA Y VENTA
DE TODA CLASE DE
LIBROS ANTIGUOS
Y MODERNOS

LIBROS DE TEXTO

CALLE TALLERS N.º 82
(junto a la Plaza de la Universidad)

Teléfono 22.230

BARCELONA

OBRAS DE LITERATURA,
ARTE, CIENCIAS,
DERECHO, MEDICINA,
MUSICA, REVISTAS,
GRABADOS, ETC.

Llibreria ROYO

LLIBRES ANTICS I MODERNS

ES COMPREN
GRANS I PETITES
BIBLIOTEQUES, PAGANT AL
COMPTAT EL PREU
MÀXIM

Corrúbia, n.º 21

Telèfon 23.862 - BARCELONA

ANTIGUA LIBRERÍA

BABRA

COMPRA
Y VENTA
DE LIBROS
ANTIGUOS

Canuda, 45 - Teléfono 21.830

BARCELONA

LIBRERÍA DUBÁ

*Compra y venta
de toda clase
de libros na-
cionales y
extranjeros*

LIBROS DE TEXTO

Aribau, 17 - Tel. 31.659

BARCELONA

*Extenso surtido
en Literatura,
Arte, Medicina,
Derecho,
Música, etc.*

JOSÉ PORTER

LIBRERO

MONTESIÓN, 3 BIS, PRINCIPAL

Apartado de Correos 574
Teléfono 16.792

BARCELONA

Direc. telegráfica y cablegráfica
PORTELIBER

*Libros raros, Antiguos y Modernos,
españoles y extranjeros*

INCUNABLES • MANUSCRITOS, ESPECIALMENTE EN LENGUAS
ROMÁNICAS Y CON MINIATURAS • OBRAS AGOTADAS
IMPRESIONES ARTÍSTICAS Y LIMITADAS
MODERNAS • ENCUADERNACIONES AR-
TÍSTICAS E HISTÓRICAS • DIBUJOS
AUTÓGRAFOS • GRABADOS
CERVANTINA



Libros cervantinos que vendemos a los precios marcados

	Ptas.		Ptas.
Pérez Pastor (Cristóbal). Documentos Cervantinos hasta ahora inéditos. Madrid, 1897-1902. In-4. 2 tomos	40	In-4 mayor. 2 tomos. Grabados y láminas. Encuadernados	40
Calderón (Juan). Cervantes vindicado en ciento quince pasajes del texto del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, que no han entendido, o que han entendido mal, algunos de sus comentadores o críticos. Madrid. 1854. In-8. Encuadernado en el mismo tomo hay dos obritas más, no referentes a Cervantes.	20	Cervantes Saavedra (Miguel de). Novelas ejemplares. Madrid, viuda de Alonso Martín, 1622. In-8. Pergamino. Le faltan 6 hojas preliminares	75
Givanel i Mas (Joan). Catàleg de la Col·lecció Cervàntica, formada per D. Isidre Bonsoms i Sicart i cedida per ell a la Biblioteca de Catalunya. Barcelona, 1916. In-4 mayor. 3 tomos encuadernados	90	Cervantes Saavedra (Miguel). Viaje del Parnaso. Dirigido a D. Rodrigo de Tapia, Caballero del Hábito de Santiago. Publícanse ahora de nuevo una tragedia y una comedia inéditas del mismo Cervantes: aquélla intitulada la Numancia; ésta El Trato de Argel. Madrid, Antonio de Sancha, 1784. In-8 mayor. Láminas. Encuadernado	50
Otro ejemplar en papel de hilo	150	Serís (Homero). Sobre una nueva variedad de la edición Príncipe del «Quijote». (Dijon, Imp. R. de Thorey), 1924. In-4. 11 págs. (Publicado primero en el Bulletin Hispanique T. XXVI, N.º 4 Octubre-Diciembre 1924)	1,50
Cervantes Saavedra (Miguel de). El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha. Barcelona, Tomás Gorchs, 1859. Gran in-fol. Láminas y grabados. Encuadernado	100	Serís (Homero). La Colección Cervantina de la Sociedad Hispánica de América (The Hispanic Society of America). Ediciones de Don Quijote. Con introducción, descripción de nuevas ediciones, anotaciones y nuevos datos bibliográficos (Urbana), University of Illinois, 1918. In-4.	20
Cervantes Saavedra (Miguel). El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha. Edición adornada con 800 láminas repartidas por el contexto. Barcelona, Antonio Bergnes y Compañía, 1839-40.			